

EN DIÁLOGO

La sociedad salarial de servicios a debate: ciclo del capital, estructura social y subjetividad obrera

Debating on Wage Society of Services: capital cycle, social structure and worker subjectivity

Daniel ALBARRACÍN SÁNCHEZ¹

Fundación CIREM
(Centro de Iniciativas e Investigaciones Europeas en el Mediterráneo)
E-mail: daniloalba@nodo50.org

RESUMEN

Nos proponemos tratar las características y desarrollo sociohistórico de las sociedades de servicios desde la sociología de las relaciones salariales. Desde un trabajo empírico informado teóricamente analizamos la sociedad capitalista superindustrial de servicios en un país semiperiférico como el español. Se tratará de arrojar algo de luz sobre la formación de la mercancía moderna y sus formas; un análisis empírico de la distribución ocupacional de la fuerza de trabajo en el ciclo del capital en su evolución en los últimos 25 años; un estudio de la estructura de clases y su desarrollo reciente, en torno a la condición socioeconómica. Aportaremos algunas conclusiones de la tesis doctoral del autor (Albarracín, 2003) acerca de la formación de la subjetividad de los trabajadores, en el marco de la experiencia de la relación salarial, y sus repercusiones estructurantes para el cambio social.

PALABRAS CLAVE

Sociedad superindustrial de servicios.
Neotaylorismo.
Subjetividad obrera.
Ciclo del capital.
Estructura social.

ABSTRACT

We propose to explore the characteristics and development of services societies, from a particular point of view: wage relations sociology. From a theoretically informed empirical work we analyse and bring some conclusions about the capitalist superindustrial society of services in a semiphery of Europe: Spain. We try to approach on the making of modern commodity and its shapes; an empirical study of occupational distribution of work-force in the Spanish capital cycle in the last 25 years; an analyse of classes structure and its evolution in Spain. We also approach to the making of subjectivity and identity of workers, in the framework of 'wage relation experience' reality, and contribute some elements to interpretate possible structurant changes in this country.

KEY WORDS

Superindustrial society of services.
Neotaylorism.
Worker subjectivity.
Capital cycle.
Social structure.

¹ El autor es Doctor en Sociología (UCM) y Licenciado en Económicas (UAM).

SUMARIO 0. ¿Por qué hablar de una sociedad salarial de servicios? 1. Los servicios: la historia de un debate teórico. 2. La forma moderna de la mercancía: Complementariedad entre industria y servicios. 3. Relaciones sociales de producción y reproducción social: división técnica y división social del trabajo en España. 4. Neotaylorismo y reproducción capitalista. 5. Experiencias colectivas en torno a la relación salarial y la formación de nuevas subjetividades. 6. Referencias bibliográficas.

0. ¿Por qué hablar de una sociedad salarial de servicios?

Nos referimos a la *sociedad salarial de servicios* al tratar acerca de la sociedad capitalista superindustrial contemporánea, y querer dar cuenta de la forma de la mercancía moderna. Sugerimos emplear todos esos vocablos en ese orden para no perder de vista al tiempo la condición social y el fundamento técnico que caracterizan a las formaciones sociohistóricas centrales y, en ocasiones, las semiperiferias del centro. No nos basta con estudiar una sociedad de servicios, como si una forma técnica contribuyese exclusivamente a explicar el significado y rasgos básicos de un sistema de producción. El concepto de servicios debe precisarse por su enorme diversidad, en función de su composición interna y su papel heterogéneo en la producción global, en una formación social concreta. Pero ante cualquier otra tentación es sencillamente imprescindible dar cuenta de su naturaleza social, de la forma relacional fundamental que atraviesa, en definitiva, una estructura sociotécnica de desarrollo. Es por eso que manejemos el concepto de *sociedad salarial*, porque hace referencia al vínculo central societario hegemónico y que hace cobrar sentido histórico a la sociedad de servicios que tratamos: la relación salarial. Ampliando el uso convencional del término, consideramos que la relación salarial no puede confinarse al estrecho espacio, situación y vínculo producidos en el centro de trabajo a través de un contrato. La relación salarial entraña un fenómeno social total central en la sociedad capitalista desarrollada sobre el que orbitan la trama general del conjunto de relaciones, dinámicas y estructuras sociales. Así, la relación salarial es un fenómeno amplio que abarca los espacios y tiempos sociales asignados a la reproducción social de la fuerza de trabajo, la regulación de las relaciones de empleo y la organización de la mano de obra (Castillo Mendoza y García López, 2001). Por lo tanto, entraña, a nuestro juicio, el nervio conductor de la formación sociohistórica contemporánea. Con el propósito de contribuir al estudio de la interrelación entre factores objetivos y subjetivos y las tensiones sobre las que se sujetan y sustentan los sujetos sociales concretos en la sociedad española animamos esta reflexión.

1. Los servicios: la historia de un debate teórico

Todos los programas de investigación del desarrollo socioeconómico se han apoyado en alguna teoría del valor y del origen de la riqueza, aunque éstas lo fueran de modo inacabado e incoherente. Hay que aguardar el alba de las sociedades burguesas, con Adam Smith, para presenciar la consolidación de una primera teoría sistemática del valor. Teoría que atribuye a los servicios un papel improductivo en la economía distinguiéndoles lo que para ella representa-

ban las auténticas actividades productivas. Este debate sobre lo productivo sigue vivo. Sin embargo, ésta divisoria no nos ofrece una línea estratégica para el análisis del desarrollo capitalista, aunque no sea una cuestión absurda. La idea de productivo sólo parece guardar relación con el baremo de cada cual, criterio que clasificará a su modo lo que es productivo y lo que no. Esos baremos pueden armarse respecto a la consecución de valor de cambio, el logro de un tipo específico de valor de uso o riquezas físicas, etcétera. Ahora bien, lo relevante socialmente hablando es averiguar si el valor de lo productivo se trata de algo prefigurado en el indescifrable reino de la voluntad individual, en la eternidad de algún principio físico objetivista o por razones históricas de relaciones de poder.

La idea de valor se condujo hasta sus extremos subjetivistas con los utilitaristas y neoclásicos. Si el criterio de la teoría del valor-subjetivo calibrase según un *hedonímetro* el valor sería asignado por cada consumidor restringido por su renta. Este parece ser el gran debate que ha enfrentado a distintos programas de investigación. Unos sustentarían sus investigaciones en una teoría del valor unívoca, en la que la «oferta» pauta en qué consiste lo productivo, y las propiedades del valor residirían en el objeto; y, otros, lo harían sobre una teoría abstracta en la que la «demanda subjetiva» es soberana, la cual moldearía lo que merece ser adquirido y elaborado.

Así, más refinadamente, para unos las características físicas definían los servicios: su imposibilidad de almacenamiento, su condición de perecederos e inmateriales y por no suministrar valor (Smith). Para otros su relación con la renta -improductivo— o el capital —productivo— (Sismonde de Sismondi). Autores como Saint-Simon los asocia con la función social de las actividades. Ligado a esta idea, para otros los servicios toman consistencia según la satisfacción que reportan al consumidor mediante una utilidad (Walras, Mashall). En suma, hemos presenciado una inequívoca evolución del objetivismo al subjetivismo.

En la realidad, los fenómenos socioeconómicos se presentan de manera más intrincada. Se hace imprescindible urdir un esquema reproductivo del desarrollo socioeconómico; esquema que sortee cualquier «teoría de la gravitación universal» determinista² y la arbitrariedad de un sumatorio microeconómico de indescifrables individuos.

Los sujetos sociales están ligados por unas relaciones de producción y reproducción sociales (objetivas y subjetivas a un tiempo) en las que a través de la mercancía se pliegan relaciones sociales ocultas mediante un *fetichismo* que presenta éstas como si fuese una relación o intercambio entre cosas (Castien, 2003) (sean dinero, capital o bienes y servicios). La teoría del

² Para Adam Smith si la ciencia había construido verosímiles leyes que parecían explicar el funcionamiento del mundo físico, la *ciencia de la riqueza* ocuparía el mismo papel en la construcción de leyes, aparentemente universales, que explicarían el funcionamiento del comportamiento social. Pero entre la maleza ambivalente del pensamiento clásico smithiano se sembrará un camino inesperado con una revolución del pensamiento económico burgués. En este sentido, la utilidad del individuo que le mueve espontáneamente, como la gravedad hace girar a la masa, coincide en un largo plazo con un ajuste a la utilidad de la nación, dictada por la mano invisible del mercado. La espontaneidad automática y el control no siempre son incompatibles.

valor-trabajo³, esquema de interpretación intrínseco al mismo trabajo asalariado, ha sabido tratar este fenómeno, derrumbando esta apariencia.

Al igual que nos resulta absurda la distinción de lo material y lo inmaterial⁴ (todo lo «inmaterial» se soporta en el espacio y en el tiempo, en relaciones reales), nos es de una utilidad sólo relativa el discernir entre lo productivo e improductivo, si nos referimos a la dinámica del sistema capitalista.

Aceptando la teoría del valor-trabajo por su historicidad dentro de la sociedad capitalista, nuestra teorización del proceso de producción de mercancías nos hace preferir la distinción entre trabajos productivos y reproductivos (del valor), más que hacerlo entre productivos e improductivos, de cara a un sentido práctico del análisis. Bajo los parámetros de esta teoría, todo trabajo productor de mercancías, o facilitador de su consecución o posibilidad —y en ese caso reproductivo—, deviene productivo en tanto que persigue y obtiene valor en su realización. El trabajo improductivo, desde este punto de vista —sin pretender cerrar este controvertido y difícil debate al que otros autores y el propio Marx en torno a la cuestión de la circulación dieron otras respuestas—, supone, a lo sumo, aquel que no se valida en el mercado o el que no consigue contribuir al proceso de producción y realización de valor⁵.

No obstante, prestando atención a las formas de los valores de uso, es preciso reconocer un cambio en las proporciones entre los procedimientos de producción, distribución y uso de las mercancías. Este es el sentido que adquieren las nuevas formas de valor de uso como nueva apariencia de la producción de mercancías en la que parecen justificarse las teorías subjetivas

³ «El trabajo en sí mismo no da valor al producto, sino sólo el *trabajo que es organizado en determinada forma social* (en la forma de una economía mercantil). (...) Si el producto del trabajo sólo adquiere valor en determinada forma social de organización del trabajo, entonces el valor no representa una 'propiedad' del producto del trabajo, sino una determinada '*forma social*' o '*función social*' que el producto del trabajo desempeña como vínculo entre productores de mercancías disociados, como 'intermediario' o 'portador' de relaciones de producción entre personas» (RUBIN, 1974:121).

⁴ Otro gran debate análogo a éste es el que se produce en ocasiones al modo de una contraposición entre culturalistas y materialistas. La discusión sobre las transformaciones de los modos de producción social se ha extremado entre aquellos que, radicalizando las hipótesis de Max Weber, aislaban como factor único al cultural —y las prácticas religiosas— en el cambio social de las grandes transiciones históricas, y entre los que reducían los cambios sociales a las modificaciones en las bases infraestructurales del desarrollo de las fuerzas productivas propio de los marxistas vulgares. Este debate propone un escenario fecundo tan sólo si ponemos en relación la formación de las subjetividades transformadoras en una formación social sujeta a relaciones sociales de producción y reproducción social, en la que la cultura no es un producto ideal y arbitrario sino que responde a la experiencia colectiva y sus prácticas ligadas a un modo de existencia.

⁵ Mandel comprende la interrelación profunda entre servicios y mercancía, pues aquella actividad industrializada y automatizada tiende a una relación con las mercancías valorizadas en el mercado, bien en la *fase de reproducción*, como función intermedia, bien como *suministro continuo* (reparación, información, mantenimiento, etc.) vinculado a la mercancía. De manera que el servicio supone un complemento de la mercancía en sí y entonces, cada vez más, tiende a formar parte de ella o «una mercancía orbitada en la mercancía». En ese sentido:

«La lógica del capitalismo tardío es, por lo tanto, necesariamente convertir el capital improductivo en capital de servicios y substituir simultáneamente el capital de servicios por capital productivo, es decir, servicios por mercancías» (Mandel 1975:406).

del valor. Pero, desde la teoría laboral del valor es preciso recordar la dualidad permanente entre valor de uso y valor, y a efectos de la producción de éste último, la mercancía sigue la misma naturaleza social inaugurada con el capitalismo.

2. La forma moderna de la mercancía: complementariedad entre industria y servicios

No supone ningún descubrimiento la complementariedad que guardan las formas de la mercancía sean bien o servicio. A efectos del valor⁶, en tanto que trabajo abstracto, son indistinguibles. La generación de ciertas industrias hace posibles ciertos servicios y, en ocasiones, viceversa. Su sustancia se homologa en ese espacio, aunque la forma final de la mercancía sea de una apariencia diversa. Entendido el valor de uso en el plano que adoptando una forma técnica (producción, distribución y usos) proporciona utilidades diversas —plano que no puede renunciar al del valor de cambio en la forma capitalista—, los servicios se caracterizan por una forma social de valor de uso de difícil acumulación, disfrute inmediato, de reparación, asistencia, etc... y orbitan —como la rémora al tiburón—, en general, en torno al producto-mercancía acumulable, de disfrute no inmediato, etc...

La posibilidad de la automatización, la masificación productiva de servicios, y la personalización destinable a mercados de distinción, ha situado en una esfera visible lo que antes aún no se presentaba maduro. El caso de las actividades de servicios finales de la gran industria, la externalización de departamentos de servicios en tanto que empresas de servicios y la visibilización de servicios a la producción en las empresas son la forma dominante del empleo de la fuerza de trabajo.

El servicio se caracteriza por la automatización, su producción y suministro continuo, y la producción del consumidor mismo, alterando las proporcionalidades y formas aparentes entre producción, distribución y uso. Las fórmulas de *autoserivicio*, en virtud a un suministro continuo asistido mecánicamente (telemático, cadenas de administración, etc...), devienen característica común de un trabajo que tiende a la secuencia continua digitalizada. Los servicios personalizados, con un coste mayor por su mayor composición de trabajo vivo, se ofrecen como servicio añadido con precio extraordinario, y se asignan a consumidores solventes y selectivos/seleccionados (en mercados 'distinguidos'), pero no van más allá.

⁶ El valor debe estudiarse al menos en dos planos, articulados como magnitud del valor en tanto que aspecto cuantitativo y como forma social en su aspecto cualitativo. También se trata de distinguir precisamente, y entender su articulación, entre el proceso técnico-material productivo y sus formas sociales y, por otro lado, entre trabajo concreto y trabajo abstracto. En la economía mercantil, en la que las decisiones se toman individualmente, el trabajo privado sólo será social a través del cambio, que representa una abstracción de las propiedades concretas de las cosas y formas individuales de trabajo adoptando el valor su forma social. Ese nivel social es en el que la teoría del valor aporta su valía. Desde este punto de vista la teoría del valor debe interpretarse bajo la perspectiva de la *teoría del fetichismo de la mercancía*. En este sentido,

«El "valor" no caracteriza a las cosas, sino a las relaciones humanas en que se producen las cosas. No es una propiedad de las cosas, sino una forma social que adquieren las cosas por el hecho de que las personas entran en determinadas relaciones de producción mutuas a través de las cosas» (Rubin, 1974: 122)

Esta formación del servicio no sustituye a la forma producto en la misma. Incluso puede promoverla. Este sería el caso, por ejemplo, de los servicios de entretenimiento o atención de salud personal que suponen, sea por caso, la producción de bienes de producción de maquinaria especializada de corte industrial (por ejemplo, la producción de las infraestructuras de un parque de atracciones, la fabricación de instrumental médico, etcétera...). En definitiva, se produce una *industrialización del servicio y una terciarización de la industria*.

Es preciso cuestionar la clasificación tradicional Fisher-Clark (Clark, 1960) de las actividades económicas que las escinde en tres sectores (que se basa en la naturaleza del valor de uso de las mercancías o su relación con el consumidor final). Conviene para ello identificar los procesos sustantivos que están sucediendo en las economías capitalistas para que se caractericen por la *forma servicios*. La escisión entre los términos bien y servicio como productos, sólo comprensible desde un esquema neoclásico utilitarista, aparca la problemática fundamental, su origen y desarrollo sociohistórico concreto que le orienta socialmente: *la mercancía*. Desde este punto de vista, los bienes y servicios se distinguen solamente en el plano de su condición de valores de uso diferenciados. Ambos productos son mercancías, produciéndose y realizándose como tales en una sociedad capitalista. La mercancía, como articulador social y técnico de la producción social, no se escinde y define ora por sus propiedades físicas objetivas ora por la utilidad subjetiva estimada por el consumidor, sino por la condensación en ella de una desigualdad relacional.

Los rasgos diferenciales de la *forma mercancía* —referida ésta exclusivamente a la forma técnica del valor de uso, tal y como estamos fijando la atención en este texto— son, precisamente, su posible acumulación física, su forma de suministro (discontinuo o continuo) y su eventual ligazón con un uso inmediato y, en algunos casos, personal. A este respecto, *la forma servicio se está convirtiendo en la forma industrial más desarrollada y la manera principal de presentación de los valores de uso de las mercancías en la economía moderna*. Así, se observan dos tendencias complementarias, rompiendo el esquema convencional. En el anverso, asistimos a una incorporación, como señalamos, de la forma servicio en la producción y la distribución. Esto es, una *incorporación en la industria de la forma de servicio en tanto que proceso de producción de una mercancía* (Mandel, 1975: 388).

Pensemos, ante todo, en los suministros de energía, entretenimiento, información, distribución y autoservicio en general, hasta incluso los tratamientos de cuidado personal y sanitario, proporcionables merced a unas infraestructuras industriales establecidas. La automatización de la producción, distribución y uso de un sin fin de mercancías, las hace caracterizarse por su inmediatez de aprovechamiento, el suministro continuo o secuencial y su difícil acumulación, extendiendo formas insólitas de producción social. En este sentido, el diagnóstico de Marx en los *Grundrisse* (Marx, 1972: 219-220) sobre la maquinización y sus consecuencias sobre el papel del trabajador, en tanto que apéndice de aquella, es bien lúcido.

En el reverso de la medalla, presenciamos una *industrialización de toda la economía* (Mandel, 1975: 387). En primer lugar, la industrialización (realizable merced a una revolución de la pro-

ducción agrícola fenomenal) transformó hace tiempo toda la producción agrícola, ganadera y pesquera, proporcionando excedentes formidables que ponían al alcance de las economías aventajadas transformaciones inéditas en otros campos de la producción. La producción de mercancías de uso no inmediato y acumulables (de las industrias manufactureras o industrias agroganaderas y pesqueras, y sobre todo las industrias pesadas) ha dado un salto sin precedentes en la historia para producir a niveles jamás soñados. En segundo lugar, asistimos a una *industrialización de los servicios* (Mandel, 1975: 384-385)⁷. La economía superindustrial ha hecho que la forma servicios colonice la apariencia de la mercancía, pero la forma social capitalista que entraña ésta define el sentido histórico de aquella.

3. Relaciones sociales de producción y reproducción social: División técnica y división social del trabajo en España

Las relaciones de servicio representan la forma más desarrollada de la industrialización capitalista. Podemos asegurar a un tiempo que *la actual sociedad es la más industrializada de la historia, y por ello la que hace factible sociedades de servicios* —cuya naturaleza y orientación social depende de las luchas de clases y articulaciones socioinstitucionales concretas—. Las tareas y ocupaciones, en la nueva configuración del sistema de producción capitalista y división técnica del trabajo, en la reasignación entre fuerzas de trabajo y trabajos (puestos o equipos-máquina) están definidas por este proceso de desarrollo sociotécnico. La hegemonía vigente, actualmente en crisis, mediante racionalizaciones, ha desplazado y adaptado a una fracción de la fuerza de trabajo; primero, hacia tareas de *reproducción social*; después, promueve los *servicios a la producción*, al menos en el caso español. Podría haberlo sido en las ramas del diseño y concepción industrial, la producción mercadotécnica, opinática y publicitaria pero en España se ha inclinado por las ramas de servicios auxiliares —supervisión, seguimiento y mantenimiento de sistemas maquínicos y sistemas codificados—. Todos ellos entendidos como servicios intermedios para la producción en sí o servicios para la industria de la «producción del consumidor final». En otras palabras, la *sociedad salarial superindustrial de servicios española* vuela a la fuerza de trabajo disponible en ocupaciones de servicios dedicados a la *reproducción de la fuerza de trabajo, servicios intermedios a la producción y la financiación, y en servicios de fabricación de relaciones, normas y estilos diferenciados de consumo*. Paralelamente, y de ello se deriva parte de la inflación estadística, las nuevas empresas-red, y la externalización de empresas de servicios (antiguos departamentos internos de la corporación industrial fordista), han acrecentado la terciarización virtual.

Como aproximación a la distribución de la fuerza de trabajo en las secciones productivas y reproductivas del ciclo del capital, hemos elaborado unos indicadores que nos proporcionan una

⁷ Ernst Mandel entiende el sector servicios en tanto que actividad de mediación entre secciones y ramas productivas, de tal manera que la industrialización de los servicios en el capitalismo tardío dinamiza y transforma las posibilidades de rotación de capital.

imagen evolutiva de la división técnica del trabajo para el caso español. En particular, nos ofrece la distribución de la fuerza de trabajo en tanto que trabajadores ocupados, en una clasificación que ofrece su «reparto primario» en el ciclo del capital. Ni que decir tiene que la división del trabajo es un resultado sociotécnico, dominado por las luchas sociopolíticas del contexto.

En suma, se trata de un indicador de la articulación de las ocupaciones en secciones y ramas productivas de un *ciclo completo ampliado de reproducción del capital*. Las secciones principales son las de *reproducción social* [Población->Fuerza de trabajo (Ft)] (aquí recogemos empleos del sector público y nuevos yacimientos de empleo privados⁸), ocupaciones organizadas para la formación —en sentido amplio—, reposición y recomposición de la fuerza de trabajo —servicios personales, servicios colectivos—, y, en general, la institucionalización de las relaciones sociales hegemónicas que invierten un esfuerzo en la conversión de la población potencial en fuerza de trabajo disponible y empleable; el *capital financiero o monetario* [D-D']; el *capital «productivo»* [P...P'] dividido en secciones de *diseño industrial y servicios a la producción, producción de medios de producción, producción de medios intermedios y producción de bienes de consumo*; y, para completar el ciclo, era preciso incluir la *sección comercial* [M-M']. Ofrecemos un gráfico homogéneo para los años 1987-2001⁹.

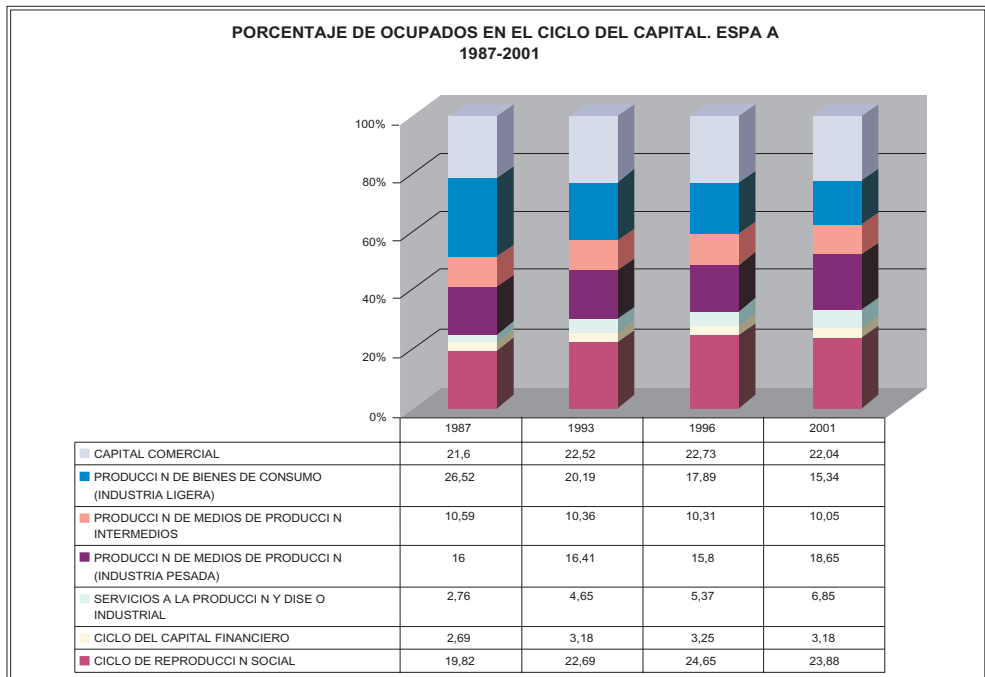
Las secciones de reproducción social, diseño industrial y servicios a la producción, capital financiero y capital comercial, clásicamente concordantes con el genérico sector servicios, registran el mayor porcentaje de crecimiento la fuerza de trabajo nacional, comparando con otras ramas. El proceso de producción inmediato (P) —el trabajo concreto de la producción, vale decir, las secciones no incluidas en el capital comercial, financiero y en la reproducción social— representa una fracción cada vez menor de la ocupación. España se caracteriza por el descenso radical del peso de la industria ligera (debido a la destrucción de empleo agroganadero y pesquero, pero también a otras industrias de bienes consumo). Otro rasgo notable es el crecimiento significativo de las ramas de servicios a la producción¹⁰ y sobre todo del sector

⁸ Es preciso advertir que cabría incluir en esta sección un bloque de trabajos formalmente no salariales, aunque seguramente dependientes de la relación salarial como fenómeno social total o vínculo societario central. Se trata del trabajo doméstico (ver Meseguer, 2003, en este número), del trabajo voluntario y el trabajo informal e ilegal. Como podrá suponer el lector, el aparato estadístico oficial no registra este tipo de ocupaciones que, en puridad, es necesario incorporar al análisis. No obstante, no nos ha sido posible estimar aquí el alcance de estas ocupaciones.

⁹ El análisis ampliado desde 1976 nos arroja las mismas tendencias. Ahora bien, la serie que manejamos hasta ese momento no es homogénea con este gráfico. Lo significativo es que puede afirmarse que la evolución y las conclusiones que hemos obtenido pueden proyectarse a todo el periodo 1976-2001.

¹⁰ Se estima que el empleo entre 1994 y 1998 en empresas de servicios ha crecido en un 43,8% frente a un crecimiento del 17,8% del sector servicios en general, suponiendo en 1998 un 13,1% de las empresas de la economía (un 80% son las de servicios) y representando un valor añadido de 5,7% de la economía en 1997. (Rodríguez y Merino, 2001:5). Se produce un crecimiento formidable de los servicios auxiliares a la producción pero es preciso advertir que apenas se observa en relación a las ramas de diseño industrial y de mercados; el crecimiento de esta sección se debe a las clasificadas como «otras actividades empresariales», que representan en 2001 el 5,82% de la ocupación, y no a las de «Investigación y desarrollo» o «actividades informáticas» que representan respectivamente el 0,88% y el 0,16% de la ocupación, según datos de la Encuesta de Población Activa, INE.

Gráfico 1



Fuente: Elaboración propia a partir del Instituto Nacional de Estadística. EPA. Series 1987-2001 a partir de las ocupaciones clasificadas en ramas.

público¹¹. El sector público tardofranquista y postfranquista, hasta 1996, ha desempeñado un papel empleador neto. Al tiempo, del estudio de la sección comercial se induce que resultaría abusivo considerar a la economía española como una «sociedad de turismo y hostelería»¹².

La reestructuración de la fuerza de trabajo española está condicionada por dinámicas socio-técnicas neotayloristas¹³ y, en menor medida, postfordistas¹⁴. Asimismo, el caso español se carac-

¹¹ Los servicios de reproducción social mercantilizados, los NYE del sector servicios privado, pasan del 13,47% al 13,85% de 1988 a 2001 y los del sector industrial del 1,5% al 0,11% de la ocupación (Albarracín, 2003).

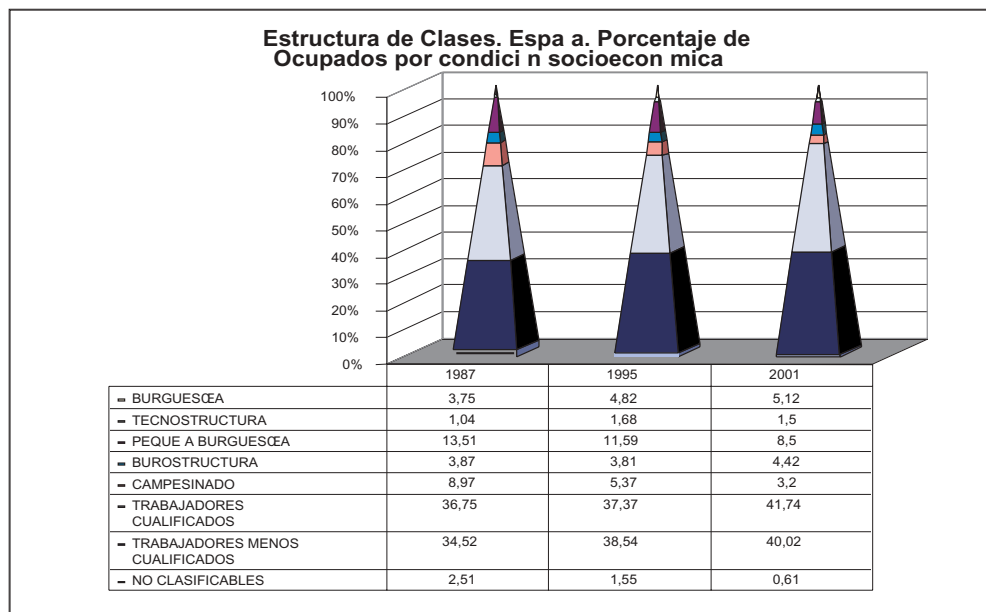
¹² Se pasa en hostelería del 4,97% al 6,14% de la ocupación de 1987 a 2001, mientras que el comercio y reparaciones pierden peso relativo (del 16,63% al 15,91% en los mismos años).

¹³ *Neotaylorismo*: entendemos este concepto de una manera amplia. Se constituiría por un sistema de organización del trabajo, ramas de actividad y mercados de empleo flexibles merced a la fluidez que facilita la automatización del sistema productivo, la conformación de áreas de trabajo difusas, ocupaciones abiertas, perfiles polivalentes, formación y cualificación abstracta, desespecializada y adaptable, relaciones de empleo muy plásticas, alta disponibilidad y adaptabilidad de la fuerza de trabajo en contextos de tutela laboral frágiles y regulación flexible, asociados con sistemas de ciudadanía vulnerables y formas de existencia urbanas, precarias y que no descarta la integración de actualizaciones tecnológicas.

¹⁴ Interpretamos el vocablo *postfordismo* por una trama de relaciones productivas y laborales asociadas a grupos y redes sociales de gestión, control o propiedad de los medios económicos y de poder, salarialmente

teriza por su condición no sólo semiperiférica y subalterna del capitalismo europeo central, sino también por su estructura social que conduce a tensiones polarizadoras, como puede observarse en un análisis de los ocupados en función con su relación con los medios de producción.

Gráfico 2



Fuente: Elaboración propia a partir de la EPA, INE. Condición socioeconómica de los ocupados en España. Serie 1987-2001. Burguesía (propietarios de medios de producción con asalariados); Tecnoestructura (decisores y directores de los medios de producción); Pequeña Burguesía (propietarios sin o con pocos asalariados); Buroestructura (gestores de los medios, garantes de su conservación); campesinado (propietarios de la tierra); Trabajadores (asalariados que venden su fuerza de trabajo que operan con los medios de producción).

Del examen empírico de la evolución y estructura de los ocupados entre los años 1987 y 2001, según el criterio de la condición socioeconómica¹⁵ (relación con los medios de producción, control y gestión social) se observan cambios en la composición de clases. Una transfor-

opulentos, caracterizados por reconocimientos sólidos e integrados —generalmente en sistemas de empresas principales y núcleos de empresas-red—, con condiciones de empleo firmes o incluso blindadas, al menos con capacidad de negociación individual o gremial/profesional, dinámicas de distinción en los estilos de vida, tareas de carácter decisonal o de responsabilidad, cualificaciones especializadas y escasas en los mercados de empleo, etcétera.

¹⁵ Conviene apuntar que con el análisis ocupacional sólo abarca el 40,22% de la población (datos EPA II Trimestre, y Censo 2001. INE). Ahora bien, este indicador es bien significativo, habida cuenta que es prueba de la segmentación social cara al origen de los ingresos, y la posición respecto a la estratégica estructura institucional que supone la propiedad de los medios de producción. Para un análisis más complejo y completo sería

mación de la estratificación social que desmiente la tendencia a la profetizada mesocratización de una anunciada sociedad postindustrial.

Se constata la tendencia a la extensión del vínculo dominante de la sociedad capitalista: la relación salarial, comprobado, entre otros indicios, con un incremento acelerado de la tasa de salarización¹⁶. Se produce un adelgazamiento de las capas sociales medias, polarizando la composición social, al tiempo que se complejiza la estructura global (con la tecnoestructura, como nueva capa de la clase dominante; con la buroestructura como nueva capa intermedia).

En definitiva, observándose un tipo de trabajo no estandarizado y/o de responsabilidad decisional o de gestión (tecnoestructura, buroestructura, algunos trabajadores cualificados no estandarizados) a su vez se presencia un incremento neto de los empleos de cualificación estandarizada (crece en seis puntos porcentuales). En este sentido, el neotaylorismo no implica descualificación, aunque aboca inequívocamente a la muerte de las profesiones (Finkel, 1999) como se entendía hasta ahora. Al tiempo, el aumento de la presión social causada por la asimetría de la relación salarial es un fenómeno cada vez más marcado. Fenómeno comprobable por el aumento de la tasa de salarización; la vulnerabilización de la tutela de la condición salarial (sea cuál sea la forma de empleo, eventual o indefinida); y la distribución de la renta a favor del capital, entre otros fenómenos.

4. Neotaylorismo y reproducción capitalista

No nos convencen los análisis fundamentados en un movimiento del capital autónomo que comparten los programas de investigaciones posttradicional, schumpeteriano y keynesiano. Sin embargo, es necesaria la construcción de una teoría reproductiva de la sociedad, a nuestro juicio, esquivando las clausuras de autorreproducción mecánica propias de aquellos o, por ejemplo, también de la teoría de sistemas o de la teoría de la complejidad. Tratamos de comprender la dinámica de una estructura contradictoria.

Los autores de la *escuela de la regulación* (Jessop, 2001) depositan una excesiva confianza en la intervención en la esfera de la organización sociotécnica del trabajo de cara al cambio social. Aceptan un esquema reproductivo de la sociedad transhistórico dando por sentado al trabajo como actividad, así como admiten los regímenes de acumulación capitalistas como pilares del orden social. Orden sólo reformable dentro de sus propios parámetros. Esta misma escuela desplaza el papel de las disputas sociales, confinándolas sea al espacio del conflicto democrá-

preciso considerar otros vínculos sociales básicos: la estructura familiar, las redes sociales y comunitarias, las relaciones de género, étnicas, culturales, etcétera. Ahora bien, en tanto que, de manera importante -pero no absoluta-, estos otros vínculos cuelgan en la actualidad en torno a la relación salarial (las formas de agrupamiento social y familiar por ejemplo se explican en parte por su adaptación y posicionamiento ante las formas de adquisición de renta y obtención de riqueza) podemos proyectar que los colectivos no recogidos aquí toman una forma análoga —por dependiente— a esta composición porcentual (las parejas, hijos, grupos dependientes, etcétera, corresponden a una clase social u otra en función de su lugar como grupo respecto a la relación salarial, y no como individuos y su situación laboral formal).

¹⁶ Que se eleva de un 71,27% al 81,76% entre 1987 y 2001, según EPA, INE.

tico-formal por políticas públicas progresistas en el Estado burgués, la regulación institucional a través de los sindicatos, o a la transformación de la organización del trabajo. Entienden que, en última instancia, este último factor es el decisivo. Así apuestan por una «regulación flexible a la ofensiva» (Boyer, 1986) sin cuestionar los fundamentos históricos de las relaciones sociales de producción. De modo que, las formas de reproducción social cumplirían una función pura de integración en el orden social. Bastaría, para ellos, con interrogar a las formas de consumo, a las políticas sociales públicas y privadas, etc... que, en definitiva, serían resultado fundamentalmente de la organización de la producción concreta y la regulación pública, para encarar una estrategia transformadora.

Asimismo, no nos convencen las propuestas del *postmarxismo inmaterialista* (Negri, 2001), cuyos presupuestos idealistas simplifican la teoría del valor-trabajo. Su análisis coquetea tanto con las asunciones proudhonianas—al confundir trabajo y fuerza de trabajo y reducir dicha teoría a un conflicto de «poder de mando» y no a una relación social compleja mediada por la producción de valor— como con los prejuicios postindustrialistas basados en la sociedad informacional y del conocimiento—que distingue arbitrariamente entre elementos materiales e inmateriales—. Para nosotros comunicación, conocimiento o relaciones sociales se producen en espacios y tiempos materiales propios de una situación histórica y procesos de producción social concretos.

Frente a esto, desde el plano de la producción socioeconómica, situamos la reflexión en el esquema comprensivo de reproducción capitalista basado en el ciclo del capital [D-M (Mp,Ft)—...P...-M'-D'] en el que la reproducción social debe estudiarse en lo concreto. La reproducción social se concreta de forma sociohistórica—en tanto que elaboración de mercancías productoras de mercancías, fuerza de trabajo y medios de producción—, atravesada por disputas concretas de sujetos estructurados y estructurantes, y debe estudiarse empíricamente para dar cuenta de la misma.

El curso de la reestructuración capitalista del sistema ha sido hegemonizado por una burguesía financiera neoindustrial de servicios. Esta ha promovido, con el relativo consenso de los actores sociales corporativos, un aparato de reproducción social de la fuerza de trabajo de carácter neotaylorista para la mayoría, esto es unas relaciones de gestión productiva, relaciones de empleo, de mercado y consumo particulares, caracterizados por su plasticidad para los gestores de la fuerza de trabajo y la rigidez para las condiciones de vida de los trabajadores.

Estos dispositivos configuran una trama de redes productivas fluidas, de trasvase de fuerza de trabajo de puesto a puesto, de empresa a empresa, de rama a rama productiva, acabando con la imagen de ocupaciones fijas que asocian trabajador, herramienta y tarea (García López, 2001). Se acelera el proceso merced al cual se distancian radicalmente fuerza de trabajo de su empleo particular¹⁷. Ocupaciones con fronteras cada vez menos defini-

¹⁷ «Sería erróneo, hoy como ayer, confundir o asimilar la reunión de instrumentos de trabajo, su acumulación e integración en un sistema único, con la reunión de las *labores de los obreros*. Son dos cosas completamente diferentes, y el progreso técnico se basa precisamente en su disociación progresiva». (Naville, 1965:126).

das, promoviendo una polivalencia de sistema tendencialmente continuo a lo largo del espacio de la producción, facilitado por la automatización y simplificación progresiva de las tareas. La formación de las fuerzas de trabajo en cualificaciones abstractas favorece una gran capacidad de aprendizaje y adaptación a códigos y programas simples¹⁸ haciendo a los trabajadores estandarizados más sustituibles. Puede seguirse de esto que producción, distribución, consumo y uso tienden a automatizarse. De manera que la neotaylorización abarca el centro de trabajo, los mercados de empleo pero también la misma reproducción social de la fuerza de trabajo.

En definitiva, el propio proceso de producción y reproducción capitalista se desarrolla con una modificación de los ciclos de los dos términos de su producción (capital variable y capital constante) y de su relación (entre fuerzas de trabajo y trabajos). Por un lado el circuito de las fuerzas de trabajo se señalará por la reproducción social de la fuerza de trabajo en torno a ese aprendizaje abstracto y rápidamente adaptable. Un proceso de transformación que se acopla al de la automatización de los capitales fijos y el proceso de industrialización general que ha sostenido el desenvolvimiento de la forma servicio en la producción de mercancías. Las estrategias de reproducción y reestructuración capitalista apuntan a una reinstitucionalización del vínculo entre fuerzas de trabajo y empleos. Supone la fluidificación de la movilización de la mano de obra entre las distintas ramas, facilitando su desplazamiento hacia las áreas productivas más rentables en periodos de transición menos largos. También presupone una gran violencia sobre las condiciones de vida obrera.

Con la crisis de la doctrina Beveridge (*empleo-desempleo-empleo*), como política social de gestión global de la fuerza de trabajo, la crisis del modelo keynesiano y el aumento insostenible del desempleo, se plantea un nuevo itinerario de la fuerza de trabajo en torno a un *recorrido salarial empleo-formación-empleo*, en el que la fuerza de trabajo consume mayor tiempo de la vida para adaptarse al cambiante sistema industrial. Antes el desempleo estaba cubierto con un salario indirecto como un derecho, ahora el paso por esta transición se condiciona a la prueba de seguir actividades que doten al trabajador de mayor empleabilidad y aseguren su disponibilidad.

En definitiva, la crisis del capitalismo tardío parece transcurrir, poniendo en juego las estrategias de los sujetos colectivos —y las clases dominantes tratan de reforzar las contratendencias a la crisis¹⁹—, a través de una orientación neotaylorista del modelo sociolaboral. Pero

¹⁸ Programación compleja en su adecuación al sistema productivo (por el diseñador, el analista o el ingeniero que trabaja en su concepción), y versátil en las aplicaciones operativas (pero no reprogramable en general por el operador de sistemas).

¹⁹ El objetivo de las clases que viven del excedente es influir positivamente en las contratendencias a la caída de la tasa de ganancia, cuyos «tres factores determinantes (...) son las fluctuaciones de la composición orgánica del capital, las fluctuaciones de la tasa de plusvalor y las fluctuaciones de la tasa de circulación del capital» (Mandel, 1986: 12) Las contratendencias son aumentar la tasa de plusvalor alterando las condiciones salariales, de productividad y de disponibilidad; disminuir la composición orgánica del capital como fracción del capital constante respecto del variable —trasladando el capital a ramas o países con tasas inferiores, o desace-

nada está decidido, en tanto que el rumbo de los acontecimientos se dirimirá según el desenvolvimiento de las luchas de clases.

A su vez, desde un análisis internacional, el grado de desarrollo, potencial coactivo y la orientación política de los países en la división internacional del trabajo dará el margen de maniobra para la política económica que condicionará los mercados y la gestión e inversión empresarial. A través de la disputa sociopolítica de los sujetos en pugna —división social del trabajo, generación de subjetividades colectivas y correlación de fuerzas mediante— se decidirán la forma y distribución de la división técnica del trabajo social, en tanto que las formas técnicas, su diseño, producción y uso final, son configuradas socialmente. En cada formación social las ocupaciones postfordistas, neotayloristas o prefordistas mantendrán proporciones diferentes en función de su lugar en la división internacional del trabajo. Aún a riesgo de simplificar, los países aventajados podrán soportar una estructura ocupacional relativamente postfordista, los semiperiféricos serán mayormente neotayloristas, y los de las periferias se verán básicamente empleados bajo formas prefordistas²⁰. Las superpotencias podrán influir financiera y económicamente, parcialmente, así como por otros medios de coacción, para disponer redes productivas internacionales (en circuitos particulares controlados) para dominar mercados y sistemas productivos «globales». La relocalización industrial, como otro proceso propio del capitalismo, desplazará de la inversión productiva a regiones con menores tasas de composición orgánica del capital, una de las principales contratendencias a la caída de las tasas de beneficio.

En suma, cualquier esquema completo que ofrezca una visión estructurada del sistema social ha de contener bases sociales materiales dando cuenta de las mediaciones sociales que hacen factible la reproducción social. A este respecto, no basta con explicar la producción de plusvalor y mencionar su vuelta parcial a la inversión que reinicia la circulación de un nuevo ciclo industrial. Es preciso dar cuenta sociohistóricamente de las *instancias sociales* que forjan el uso parcial del excedente y su conversión en formas sociales de reproducción social. *Reproducción social que emplea parcialmente y vuelca la acumulación el excedente en la actualización del orden social y, por lo tanto, en la revinculación entre la producción de fuerza de*

lerando la c.o.c. respecto a la tasa de plusvalor—; acelerar la rotación del capital; o aumentando la masa de plusvalor pueden conseguir la recuperación de la tasa de ganancia. Todas estas variables dependen de las condiciones sociales y políticas y del grado de correlación de fuerzas de los sujetos sociales para orientar las condiciones económicas y técnicas de la producción social.

²⁰ *Prefordismo*: regreso al taylorismo caracterizado por el salario prácticamente a destajo, total inestabilidad en el empleo, desprotección social y ausencia práctica de salarios sociales o indirectos, y producción en masa en actividades de extracción de materias primas (cinturón islámico, ciertos países africanos, países latinoamericanos), producción agroganadera y pesquera (Latinoamérica o India por ejemplo, aunque los países centrales preserven y subvencionen sus propias producciones), por un lado, y por otro —cuando se encuentran en las esferas de influencia de un núcleo, polo o bloque capitalista del que dependen— especializados en industrias de bienes de consumo (China, dragones asiáticos, Magreb, Centroamérica, etc...) o auxiliares de la producción de carácter no estratégico y fabricación en masa (países del Este europeo, semiperiferias de los bloques principales, etc...).

trabajo y la producción de medios de producción. Esas instancias sociales deben entenderse como mediaciones fundamentales en torno al trabajo asalariado, mediación que da cuerpo histórico a la dinámica del valor²¹. Instancias sociales que rodean y forman la base reproductiva del sistema y que deben comprenderse como espacios tan estratégicos o más que los espacios de la producción directa en cuanto a la intervención de los sujetos y sus luchas sociales por el modo de producción social y las formas de existencia, aparte de las disputas por porciones del excedente²².

Dicho en breve, lo característico del neotaylorismo es su recurso a instancias sociales más tensas que tratan de metabolizar la intermitencia y el reenganche recurrente entre los circuitos relativamente autónomos de la movilización de la fuerza de trabajo, reproducción, regulación y organización de la misma (Castillo Mendoza y García López, 2001), y de la inversión de medios de producción, que puedan sostener, aunque sea contradictoriamente²³, la adecuación en el medio plazo de fuerza de trabajo disponible y capital constante.

5. Experiencias colectivas en torno a la relación salarial y la formación de nuevas subjetividades

Hemos visto las bases objetivas del desarrollo capitalista. Hemos examinado las condiciones estructuradas en la que los sujetos desenvuelven su «libertad» (negativa). Debemos estudiar la formación de las subjetividades para dar cuenta del curso de esa «libertad» que, situa-

²¹ Es preciso señalar el papel del trabajo asalariado en la crítica del capitalismo tal y como Postone nos invita a realizar:

«El análisis Marxiano del capitalismo, pese a que implica una crítica de la explotación y del modo burgués de distribución (el mercado, la propiedad privada), no es emprendido desde el punto de vista del trabajo; más bien se basa en una crítica al trabajo en el capitalismo. La teoría crítica de Marx intenta mostrar que el trabajo en el capitalismo juega un papel históricamente único como mediador de las relaciones sociales, así como dilucidar las consecuencias de esta forma de mediación». (Postone, 1993:16).

²² La relación salarial no sólo da cuenta de las formas de explotación directa en la producción sino que puede desplazarse en las formas de distribución del excedente. Es por esto que grupos sociales viven directamente no de un salario que reproduce su existencia en tanto que fuerza de trabajo, y que se distingue del valor que aporta a la producción realizada en el mercado (la explotación social). Si el mercado, merced a la competencia no revierte en una masa de beneficios acorde con la explotación individual en cada empresa en tanto que aquella redistribuye la masa de plusvalor en función del poder de mercado, ventajas debidas a regulaciones públicas y la productividad de cada corporación privada, de alguna manera las corporaciones pueden redistribuir parte del excedente para el pago de «salarios políticos» en torno a actividades de legitimación, reproducción, influencia o clientelismo en general que forman capas intermedias.

²³ Precisamente la escisión entre fuerzas de trabajo y empleos concretos hace más difícil la reinstitucionalización de la unión entre ambos circuitos exigiendo mecanismos de reproducción social más consistentes para su logro. Los tiempos sociales y biográficos deben disponerse y condicionarse en su conjunto para ocasionar tal reencuentro. El aumento sin precedentes de la productividad reduce el tiempo de trabajo necesario para la valorización, pero la lógica de la acumulación exige aumentar sin cesar la dinámica de aprovechamiento de la fuerza de trabajo global. Así se hacen contradictorios los periodos intermitentes entre empleos y desempleos, y se conciben disciplinas formativas y de disponibilidad para dichos intersticios temporales, así como mecanismos que generen dinámicas familiares que garanticen la disponibilidad de la fuerza de trabajo (por ejemplo de la mujer y los jóvenes), y se emplean hasta el fondo mecanismos ideológicos de compromiso con el trabajo asalariado.

da, puede ser estructurante. Sujetos, movimientos, discursos y prácticas que, en definitiva, deciden en sus disputas el curso de la Historia (Colectivo Madrid, 2000).

Entendemos como *subjectividades colectivas* al conjunto de prácticas discursivas, costumbres en común, imaginarios colectivos, formas de asociación e inclinaciones políticas propios de una sociedad, forjados en el medio plazo a partir de un modo de vida y el desarrollo de una experiencia histórica. Se trata de una noción de subjetividad de carácter material y relacional, que se plasma en un tiempo y espacio físicos, desenvolviéndose en ella todas las tensiones y contradicciones de una estructura puesta en marcha, a partir de la cuál se definen en la vida cotidiana universos de sentidos prácticos que los sujetos concretos se encargan de conducir —y de cuyas orientaciones sólo puede darse cuenta en lo concreto—. Ahora bien, las prácticas sociales y la formación de las subjetividades en torno a las diversas experiencias (Thompson, 1963) dentro del capitalismo deben comprenderse tal y como son estructuradas por el trabajo asalariado. En este sentido, no debemos limitarnos a los periodos organizados del tiempo de trabajo concreto (Lago, 2003: en este número), o de las formas de consumo particular, ni siquiera a las formas comunicativas sin más, en tanto que circunstancias forjadoras de subjetividad. La experiencia, la educación, la reflexión colectiva, las asociaciones colectivas como tejido social subjetivo, suponen la materia que define el cuerpo creador de las subjetividades, sus estrategias y su fuerza estructural.

La historia biográfica y generacional de las fuerzas de trabajo están sujetas a las mismas metamorfosis que padece cualquier mercancía (García López, 2003: en este mismo número). Nos referimos al proceso de abstracción que caracteriza el tiempo de trabajo socialmente necesario en la formación de esa fuerza de trabajo y que permite darles un valor de cambio. Se trata de la reproducción social, que consiste en los procesos de producción de la misma fuerza de trabajo a partir de población potencialmente empleable que precede y hace posible los procesos ulteriores de su conversión en trabajo valorizador. Pero, debido al proceso de abstracción que homogeneiza la formación de la fuerza de trabajo, queda como reducto común algo que sin embargo es plenamente generalizable a toda las clases subordinadas. Se trata de un mosaico diverso de experiencias que comparten mayormente un hilo condicionador común: la relación salarial.

Antaño, según como había sido leído por los intelectuales de la izquierda, lo que facilitaba la fuerza estructural sindical de la clase obrera, al unificarla, era su experiencia común en la fábrica. Sea como fuere, esta fuerza se disuelve cuando se forman las empresas-red transnacionales y organizaciones empresariales ligeras, que les fragmenta (subcontratación) y aprovechan la debilidad de los dispositivos de representación legal de los trabajadores, sobre todo en la pequeña empresa. Aquella solidaridad mecánica, basada en la experiencia compartida del trabajo concreto y el empleo fijado al puesto de trabajo determinado, se desvanece con las tendencias neotayloristas de escisión radical entre circuitos de fuerzas de trabajo y puestos de trabajo, flexibilizando hasta niveles inesperados las relaciones de empleo. Los cambios de empresa, de puesto de trabajo, de empleo, de rama productiva, incluso —aunque menos— de

territorio, de un volumen creciente de la fuerza de trabajo impide parcialmente que se obtenga una solidaridad de este tipo, base para una generación de subjetividades clásica.

El marxismo vulgar y la sociología del trabajo al uso asociaban la conciencia obrera a su experiencia de la situación de trabajo. Pero parece muy reduccionista hacer esta correspondencia. A nuestro juicio, sería el *modo de vida colectivo o forma de existencia social* (en todos sus ámbitos, productivos y reproductivos) el que forjaría la experiencia colectiva, que orbitaría en torno a la relación salarial como el vínculo histórico y societario principal. Esa *experiencia de la relación salarial* constituye la base material (la vivencia, la reflexión y las estrategias prácticas en común) a partir de la cual se definen subjetividades colectivas significativas para la construcción social.

A partir de un estudio cualitativo²⁴, hemos observado el desplazamiento del discurso, que se mueve de la cuestión del trabajo a la problemática del empleo; de la situación de trabajo concreta a la gestión de los tiempos de la vida como un todo. Coinciden los primeros discursos con las generaciones que disfrutaron de la etapa de prosperidad capitalista del tardío periodo fordista español. Estos construyen sus relatos discursivos en torno a la herramienta, la cualificación, la carrera profesional, el producto, y el aumento del nivel de vida. Mientras que las generaciones más jóvenes coinciden en un discurso ligado al tiempo de formación, el salario —y sus dificultades—, el consumo —unos en torno al uso de fin de semana, otros a su escasez en tanto que adquisición de bienes duraderos (especialmente vivienda)—, la movilidad laboral y geográfica, el clima laboral (el cambio de trabajos en la misma empresa, las relaciones humanas, etc..., sobre todo los más jóvenes) y la inestabilidad en el empleo. Estos últimos valoran los empleos como transiciones a otros empleos mejores, gestionando los tiempos personales a lo largo de un periodo dado. En suma, se detecta una transformación profunda del discurso. Esta significativa metamorfosis se corresponde con la transición inacabada entre dos modelos laborales en los que la condición salarial es alterada.

Sin embargo, estos discursos generales en torno al mundo del trabajo no se metabolizan en subjetividades políticas salvo cuando pasan por experiencias colectivas de asociación. Las experiencias colectivas habituales son la formación de redes de intereses e intercambio microcorporatistas (Alonso y Blanco, 1999), basados en el clientelismo y ciertos gremialismos; for-

²⁴ Este estudio cualitativo se realizó a partir de una muestra estructural de 10 Grupos de discusión realizados entre 1995 y 2001. Se conforma por 3 grupos de trabajadores con contrato indefinido, uno de pequeña empresa en las que hay de los dos tipos de trabajadores y 6 con trabajadores con contrato eventual; también hemos analizado el discurso según la cualificación y categoría de los colectivos, así como por el tamaño de empresa, o el género de los colectivos, en diferentes localidades de España. Como es sabido, la representatividad de una muestra cualitativa no es estadística sino estratégica, seleccionando los colectivos objeto de estudio de cara a la producción de su discurso. La experiencia sobre el mundo del trabajo, la interpretación de sus discursos en torno a lo que la relación salarial supone, fue el centro de la producción discursiva. La muestra estructural, por lo tanto mantiene una representatividad sociológica significativa a escala estatal, si bien mantiene un sesgo que hay que hacer notar: deja al margen a los colectivos no ocupados. No obstante, la utilidad del corpus discursivo mantiene su vigencia y validez de cara al fenómeno de estudio (Albarracín, 2003).

mas de grupalidad que se corresponden con la ideología individualista de los servicios. Por otro lado, los movimientos de transformación (feminismo, ecologismo, pacifismo, etc...) han conseguido obtener presencia cuando se han basado en el reconocimiento de su diferencia, la empatía social de unos por los otros, identificando los problemas de origen que comparten y les articula como movimientos que denuncian complementariamente efectos desiguales del capitalismo.

A este respecto, los espacios de generación de subjetividad solidaria, de corte universalista e igualitarista, en las sociedades industriales de servicios, nunca se han confinado en los campos clásicos de la fábrica sindicalizada, y también tienen presencia, cada vez más, en los territorios de las metrópolis globales, los distritos sociales de colectivos que se reconocen entre sí, sin hacer fundamentalismo de su identidad, redes comunicativas sustantivas que orientan prácticas en convergencia que critican y se enfrentan a un modo de producción de la existencia social dado.

Por un lado, las agrupaciones sociales microcorporatistas troquelan en este capitalismo burocratizado las redes sociales clientelares (en torno a poderes públicos, privados y «sociales»), las formas de adaptación del ser social a los mecanismos de integración—disciplinaria y fragmentaria— de la sociedad. Por otro lado, los movimientos sociales progresivos, para influir, aprovechan los intersticios de las nuevas condiciones sociales del capitalismo tardío. Desde la solicitud de reformas parciales—también a nivel internacional— (tasa Tobin, abolición de la deuda externa, presupuestos participativos, etc...) o la reivindicación de la ruptura global de la relación salarial (mediante el ingreso universal garantizado, criticando el trabajo asalariado, reduciendo radicalmente las jornadas laborales, construyendo espacios creativos y de lucha social); pasando por formas de asociación móviles y en red, de comunicación virtual global, en distritos sociales particulares asentados en territorios concretos; hasta una gestión de los tiempos tan preparada como la de los mismos ejecutivos de los consejos de administración.

Estas características definen una nueva forma de subjetividades. Estrategias de vínculo que orbitan en ciclos de la existencia tan intermitentes como la propia relación salarial pauta. Sin embargo, la extensión de este tipo de socialización contribuye a transformar los vínculos asociativos, tanto en un sentido integrista (integración defensiva en el sistema) o disolvente—excluyendo sin red— como ser potencialmente subversiva, dado que las prácticas de transformación y ruptura (véase movimiento contra el capitalismo global) pueden multiplicar su presencia. Se trata de un escenario que dificulta tanto las relaciones estables como facilita la extensión de prácticas, perspectivas, etcétera, tanto «defensivas» como «ofensivas». Los territorios propios de este tipo de agrupación móvil son las ciudades, marco mayoritario de los vínculos. Ciudades que se diseñan socioespacialmente para articular residencia y empleos, donde los segundos son menos estables. Todas estas formas del ser social—tanto adaptacionistas, como reformadoras— constituyen las bases sociales subjetivas del capitalismo tardío español.

Sucede así un incremento de la tensión social por las diversas crisis que recorren las sociedades salariales. Crisis de hegemonía ideológica, crisis de acumulación, crisis del empleo, migraciones, desigualdad social, bloques internacionales adversarios, etc... Y en este contexto, asistimos a una transición en medio de la crisis. En la estrategia burguesa una transición reestructuradora (del modelo de empleo y salarial, de rearticulación de la división internacional del trabajo, etc...) que pretende dar salida a la crisis, y la dispersión o parcialidad, pero también germinando la posibilidad universalista, de las estrategias de los sujetos subordinados.

Hemos visto que se forjan lentamente formas que pueden caracterizar el carácter colectivo identitario de la clase asalariada y su tensa pluralidad contradictoria. Identidades parcialmente resultantes de una oposición a veces contradictoria, a veces complementaria, señalada como resistencia relativa a las regulaciones estatales y su aplicación empresarial. Una conciencia de oposición no generalizada. La transformación histórica y paulatina de una relación salarial fordista (que integraba, en comparación con el actual modelo, por el empleo directo y excluía en torno a otras normas sociales) a otra entre postfordista y sobre todo neotaylorista, es una consecuencia de las luchas de clases en la prolongación capitalista de la sociedad de servicios. La complejización de los colectivos trabajadores (aparición de capas de control y también de gestión del capital entre los asalariados) cambia las formas de las clases medias.

Entre tanto la clase de trabajadores asalariados crece. Y aunque se observan subjetividades parcialmente resistentes y organizadas (en la estructura sindical clásica), aumentan colectividades de trabajadores estandarizados en la cadena de la producción global (que conecta empleos de empresa a empresa, rama a rama, y que hace suceder a los trabajadores en la cadena de empleos global) ahogados por la incertidumbre, con grandes dificultades de organización, pero ciertamente críticos, muchos comprensiblemente resignados, sin herramientas de organización colectiva válidas. Un discurso menos amplio, pero cada vez más significativo y visible, aparece cuestionando las reglas del juego, no sólo de las raíces o efectos de la relación capitalista, sino de la misma forma institucional de representación del conflicto (la dificultad de articulación sindical legal con capacidad de intervención efectiva en la pequeña empresa, la denuncia de paraestatalización de los sindicatos y los partidos políticos subvencionados, etcétera). Por el contrario los trabajadores postfordistas, cuya cualificación aún no está estandarizada ni masificada, sean temporales o indefinidos, adecuan su forma de adaptación a la promoción por empresas, a un «proyecto de empresa» abstracto, y con una estrategia puramente individual o, en otros casos, «gremial», siempre particularista.

En suma, el determinante global de las sociedades industriales de servicios lo hallamos en una relación salarial polimorfa en lo formal que fractura dos circuitos sociales principales de clases diversas en lo sustantivo. Entre ellas se transforman las clases intermedias, reduciendo las viejas clases medias patrimoniales (Ortí, 1970). Aparecen formas de salariado en torno a la gestión del capital y la percepción de plusvalía, y autónomos económicamente dependientes. Los gestores postfordistas actualizan las formas de adhesión, integración y servilismo en el poder, mientras que los trabajadores neotayloristas en la cadena de producción global del ciclo

del capital rotan por empleos de la misma sirviendo con un paquete de cualificaciones abstracta y estandarizada.

No parece tan importante, por lo comprobado en los discursos emocionalmente depresivos de los trabajadores neotayloristas, la supuesta fragmentación entre trabajadores indefinidos y temporales, y sí parecen más relevantes los factores del tamaño de empresa y la posición postfordista o neotaylorista ante los mercados de empleo de la fuerza de trabajo de unos colectivos u otros. Coincide parcialmente con una transición generacional, correspondiente a una reestructuración entre dos modelos laborales de relación salarial. Ni que decir tiene que una posición u otra no se inclinan a una construcción ideológica determinada —esto depende de experiencias sociopolíticas, sindicales, intelectuales, etc... que lo medien e inciten—, aunque parece conducir a un estilo de negociación e identidad más colectiva y general (grueso neotaylorista) en unos casos, o individual o microcorporatista (fracción postfordista), en otros.

Por un lado, los trabajadores postfordistas blindados de gestión forman parte de una alianza con la clase dominante y se articulan microcorporativamente para obtener mayores porciones del excedente, e incluso estos trabajadores no estandarizados que tienen empleos eventuales siguen apuestas individuales haciéndose valer en el mercado, con una trayectoria bien de promoción o bien de estandarización final cuando su cualificación comienza a abundar entre la fuerza de trabajo global.

Por otro, los trabajadores organizados, con órganos de representación legal con capacidad efectiva de intervención, suelen encontrarse en la gran empresa, en empleos estandarizados, y suelen establecer estrategias defensivas. Coinciden con una generación madura que trata de preservar los derechos laborales que a cada vuelta de racionalizaciones laborales (que los gobiernos llaman reformas) se debilitan. Nutren el tejido del sindicalismo tradicional. Su posición defensiva se ancla en la reivindicación del mantenimiento y creación de empleo, dispuestos a cierta transacción entre aquello y el deterioro de su calidad; o la interposición de medidas de fijación de los puestos de trabajo existentes que en ocasiones fragmentan más los mercados de empleo (formación diferenciada según colectivo, pactos locales de empleo, etcétera), caracterizados por un efecto inclusivo interno y excluyente hacia su exterior.

Por último, la estandarización de los puestos de trabajo, la reemplazabilidad, la directa y absoluta inestabilidad del empleo afecta de lleno a una generación de trabajadores más joven. Este supone otro eje de debilidad de cualquier negociación individual, contribuyendo a la potencialidad de una conciencia colectiva a base de una experiencia negativa siempre a la espera de una asociación de sus intereses y esfuerzos —y nos preguntamos, ¿si ya apenas vincula la empresa o el sector a los trabajadores, lo hará el territorio (el espacio social del capitalismo, la ciudad) como base asociativa?—. Las estrategias de los trabajadores «con contrato» (temporal) en pequeñas empresas y estandarizados en mercados más inestables se distinguen como el colectivo más golpeado. El análisis del estudio cualitativo nos permite concluir que los trabaja-

dores de pequeña empresa se encuentran desamparados ante la debilidad de los dispositivos legales de representación de sus intereses y la conservadurización sindical. Situación que no sólo desustancializa y fragiliza sus estatutos de empleo, sino que entorpece cualquier estrategia colectiva dentro de los cauces establecidos institucionalmente. La «personalización y el roce» en la pequeña empresa vulnerabiliza su resistencia, negociación o proposición, debido al control que involucra en términos de cumplimiento normativo (formal o informal) dentro del centro de trabajo. A este respecto, en su discurso se responsabiliza de esta desprotección a los gobiernos, empresarios pero también a los sindicatos. Suponen el colectivo más vulnerabilizado y depresivo, pero también el más escarmentado y dispuesto a una respuesta social colectiva incierta.

Las organizaciones sindicales, en la práctica, responden a las necesidades del viejo núcleo de una generación madura de trabajadores que sobrevive con los vestigios de un modelo laboral definitivamente amenazado. Las organizaciones sindicales se encuentran muy condicionadas, entre otros asuntos, por su limitación a la intervención en la pequeña empresa, recurso que emplean los grupos de empresa «vía externalización y subcontratación» para impedir una estrategia obrera colectiva. La tendencia a vulnerabilizar también el estatuto de indefinido acerca temporales y los empleados menos inestables, favorecida por una transacción nefasta entre «creación de empleo» y su abaratamiento y desprotección. Estas cuestiones ascienden al centro de la escena sobre las que pensar una estrategia unitaria contra la relación salarial. Desde este punto de vista, la aparición de nuevos movimientos sociales no organizados responde a un conflicto social que desborda las instituciones y la crisis de su representación política o sindical. Ahora bien, otra importante razón es la falta de una estrategia social de intervención a la ofensiva de las formaciones sociopolíticas y sindicales articuladoras de la clase trabajadora. Su acción debe decidirse, por un lado, por la redefinición y regulación institucionalizadora de la representación del conflicto real, «la vía reformista», o, por otro, en el refuerzo de esos movimientos transformadores no institucionalizados para cuestionar radicalmente las relaciones de poder existentes (la relación salarial) apostando por su asociación sociopolítica coordinada.

Concluyendo. Hemos aportado una actualización y análisis de la realidad social en el marco de las relaciones sociolaborales en dos planos interrelacionados: las estructuras históricas objetivas, tal y como se desenvuelven en el último periodo, y las bases sociales de las subjetividades colectivas que, sujetadas y tensadas en una estructura en marcha, van a empujar esas estructuras a inevitables cambios, de los que sólo es posible detectar posibles escenarios potenciales. Nada está dicho sobre el futuro, en tanto que son los sujetos quienes dirimirán su curso. Es materia de nuestra apuesta política hacia dónde nos dirigiremos: hacia un mundo fragmentario de identidades agresivas, de homogeneización en la desigualdad, destrucción de la naturaleza, etcétera —el capitalismo global—; o hacia otro que luche contra las viejas estructuras burguesas y se construya desde el reconocimiento de la alteridad y de la pluralidad de lo distinto, el igualitarismo entre diferentes, y la democracia directa en cada espacio de lo social.

6. Referencias bibliográficas

AGLIETTA, Michel

1979 *Regulación y crisis del capitalismo. El caso de EEUU*. Madrid: Siglo XXI

ALBARRACÍN, Daniel

2003 *De la utopía postindustrial a la crisis de las sociedades salariales de servicios*. Madrid: UCM, Tesis Doctoral.

ALBARRACÍN, Jesús; y MONTES, Pedro

1996 «El capitalismo tardío: La interpretación de Ernest Mandel del capitalismo contemporáneo». Ponencia Seminario Centro de Estudios Ernest Mandel: Instituto Internacional de Investigación y Formación de Ámsterdam.

ALONSO, Luis Enrique

2000 *Trabajo y posmodernidad: el empleo débil*. Madrid: Fundamentos.

ALONSO, Luis Enrique y BLANCO, Juan

1999 «La transformación de las bases sociales del conflicto laboral», en *Las relaciones de empleo en España*, VV.AA., pp. 347-375. Madrid: Siglo XXI

BELL, Daniel

1994 *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Madrid: Alianza Universidad.

BOYER, Robert

1986 *La flexibilidad del trabajo en Europa*. Madrid: Ministerio de Trabajo.

CÁMARA, Sergio

2002 «Trabajo abstracto como trabajo en su forma capitalista», comunicación presentada en las VIII Jornadas de Economía Crítica celebradas en Valladolid.

CASTILLO MENDOZA, Carlos Alberto, y GARCÍA LÓPEZ, Jorge

2001 «Marx entre el trabajo y el empleo». *Documento de Trabajo*, Núm. 2001-23, Madrid: Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad Complutense.

CLARK, Colin

1960 *The conditions of economic progress*. London: Macmillan & St. Martin's Press.

COLECTIVO MADRID (ALBARRACÍN, Daniel; PIRIS, Alberto; IBÁÑEZ, Rafael; ORTÍ, Mario)

2000 «La formación de la clase obrera, ¿Una construcción cultural?»: Mimeografiado.

FINKEL, Lucila

1999 «¿Qué es un profesional? Las principales conceptualizaciones de la sociología de las profesiones», en *Economía, organización y trabajo: Un enfoque sociológico*, Carlos Alberto Castillo Mendoza, Coor., pp. 197-228. Madrid: Pirámide.

GARCIA LOPEZ, Jorge

2001 «Pierre Naville y la otra sociología del trabajo». *Revista Política y Sociedad*. Núm. 38: pp. 197-216.

GRAMSCI, Antonio

1992 *Antología*. Madrid: Siglo XXI.

- CUERRERO, Diego
1997 *Historia del pensamiento económico heterodoxo*. Madrid: Trotta
- CUTIÉRREZ JUNQUERA, Pablo
1993 *El crecimiento de los servicios. Causas, repercusiones y políticas*. Madrid: Alianza Economía.
- JESSOP, Bob (compilador)
2001 *Regulation Theory and the crisis of capitalism*. Aldershot: Edward Elgar Publishing Limited Chentelham.
- LYON, David
2000 *Postmodernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- MANDEL, Ernest
1999 *Late capitalism*. Londres: Verso Classics edition. [Las citas aportadas son traducciones propias del autor del artículo].
- MARX, Karl
1987 *Miseria de la filosofía*. México: Siglo XXI.
1972 *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador) 1857-1858 o Grundrisse*. Madrid: Siglo XXI
2000 *El capital*. Madrid: Akal.
- NAVILLE, Pierre
1965 *¿Hacia el automatismo social?*. México: FCE
- NEGRI, Antonio
2001 *Marx más allá de Marx*. Madrid: Akal.
- ORTÍ, Alfonso
1970 «Política y sociedad en el umbral de los años setenta: Las bases sociales de la modernización política» en *Cambio social y modernización política*, anuario político español, 1969, edición a cargo de Miguel Martínez Cuadrado: Edicusa.
- POSTONE, Moishe
1993 *Time, labor, and social domination. A reinterpretation of Marx's critical theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- VV.AA.
1994 «Sociología del consumo». *Política y sociedad*. Mayo-Agosto. Núm. 16.
- RUBIN, Isaak Illich
1974 *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. Buenos Aires: Pasado y presente.
- SMITH, Adam
1996 *La Riqueza de las Naciones*. Madrid: Alianza.
- THOMPSON, Edward Palmer
1989 *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica,